

LA ORACIÓN EN LA FRATERNIDAD DE LA VIRGEN DE LOS POBRES

Cuando san Pablo dice que es preciso hacer todo con acción de gracias, que es preciso orar siempre, no se trata de la oración propiamente tal, sino más bien de una real orientación hacia Dios. No se debe abusar de una expresión hasta afirmar que todo puede ser ocasión, a causa del riesgo muy fácil de no admitir ya la oración misma. En efecto, la vida, y sobre todo nuestra vida urbana, dispersa, disgrega al hombre. Dom Helder Camara observa que: “Todos nosotros, durante el día, nos vamos fragmentando mucho. Los ojos se quedan por ahí, las manos por allá: nos descuartizamos realmente durante el día. Considero importantísimo reunir los pedazos y esto lo hago en la oración”. Esta oración tiene como fundamento dos realidades, la del nombre y la de Dios. Estas dos realidades no están separadas ni son sucesivas. Dependen una de la otra y se encadenan más fácilmente en la oración, que es un acto simple, que en una descripción teórica en donde es preciso decir una cosa tras otra. En el fondo, la oración es vida, relación del hombre con Dios, lo que no puede fácilmente expresarse en discursos.

1) La realidad del hombre

Oremos a partir de una triple realidad del hombre:

- a. Plan personal
- b. Plan comunitario
- c. Plan apostólico.

a. Plan Personal

Cada ser humano es para Dios un caso único. Ante Él, cada uno es como el Hijo bien amado, en una relación casi exclusiva. Es sobre esta realidad que se apoya la oración personal. Esta oración se expresa ante todo a partir de lo que somos, es decir un ser creado, con un cuerpo y un espíritu, un temperamento propio, con cualidades y defectos, con sensibilidad, etc. Creemos a partir de todo eso. El conocimiento de sí mismo es un buen punto de partida para orar: “Que yo me conozca y que Te conozca”, dice san Agustín.

Oremos también a partir de lo que hacemos, de lo que vivimos en el momento presente, de lo que nos ocurre, de lo que nos preocupa, de los estados que vivimos, de lo que sufrimos y de todo lo que experimentamos. Todo eso influye en nuestra relación con Dios. Por eso todo puede entrar en juego, todo puede volverse fuente de oración, como el trabajo, la acción, una felicidad, una alegría, un éxito o un fracase, una enfermedad, un sufrimiento, una debilidad, una infidelidad y aún el pecado. En la Biblia vemos a los hombres orar según los estados o las circunstancias en que se encontraban, según las pruebas, las alegrías y los pecados. Todos se dirigían a Dios, a partir de una realidad vivida, de una situación concreta. Es lo que hizo decir a Claudel: “El santo ora con su justicia y el pecador con su pecado”.

La mayor parte del tiempo miramos las cosas exteriores como extrañas a la oración porque distraen y dispersan. Se podría decir sin duda que las distracciones en la oración vienen de que hemos tomado la costumbre de mirar como profanas o cosas indiferentes todos estos elementos, cuando deberíamos partir de ellas para abordar a Dios. En el plan de Dios, que nos ha hecho para Él, todos estos elementos deben ayudarnos a encontrar a Dios. De ninguna manera la oración debe ser una huida de la realidad, un refugio del sentimiento. Al contrario, si la oración es verdadera, la realidad, los problemas, las situaciones encuentran en ella el fundamento real sobre el cual es preciso asumirlos, el

arraigamiento que nos permite no ser el juguete y el esclavo de ellos. La oración anima todo nuestro actuar humano, todos nuestros estados y los ordena a Dios.

Oremos también a partir de una realidad más interior, más profunda, más gratuita también, el deseo de Dios mismo, deseo que Dios ha inscrito en el corazón de cada hombre, pues Dios nos ha hecho a su imagen, nos ha creado como un frente a frente de Él. En ese sentido, todo hombre lleva en sí mismo, tenga conciencia o no, un llamado a la oración. La oración es justamente el acto de tender hacia Dios, cierto en la fe, pero estarlo realmente. Ya no es una necesidad exterior que empuja a la oración, ni una ley, sino el paso espontáneo de aquel que descubre en sí mismo la huella de Dios. El nombre que hace ese descubrimiento encuentra totalmente normal estar con Dios, consagrarle un cierto tiempo para complacerse en Él, abrirse a Él y dejarse invadir por Él.

Pero esto es a una profundidad que rebasa a menudo mucho de lo que creemos. Lo más a menudo vivimos en la superficie de nosotros mismos, si no, fuera de nosotros. Lo exterior y los sentimientos de superficie nos absorben tanto que el verdadero fondo de nuestra personalidad se encuentra como impedido de surgir y que la imagen de Dios en nosotros no es ya una atracción a la oración. El hombre está perpetuamente en búsqueda de plenitud, de un centro que pueda dar un sentido a su vida. Pero la mayor parte del tiempo, él busca esa plenitud en derivados que no pueden colmar esa búsqueda profunda.

Para despejar ese centro esencial necesitamos tomar distancia con respecto a las satisfacciones de aquí abajo. Necesitamos establecernos en el desierto, en el silencio y el recogimiento para que pueda surgir en nosotros el discernimiento de la inquietud profunda, al llamado de Dios en nosotros. Es así solamente que las satisfacciones de aquí abajo podrán estar ordenadas a su verdadero fin.

b. *Plan Comunitario*

Nuestra relación personal con Dios, tan única y tan individual, reviste al mismo tiempo otra dimensión. A muchos niveles somos miembros de un todo, de la comunidad humana, de una comunidad nacional, familiar, social, profesional, religiosa. Esta comunidad influye sobre nosotros, nos envilece, sin que a veces nos demos cuenta. Recíprocamente, cada uno, por su aporte positivo o negativo, ayuda a transformar la sociedad, a volverla hacia Dios o a apartarla. Es la interdependencia que entra en juego y que repercute directamente sobre la oración y le da su sello particular. No podemos entrar en la oración; en esa relación con Dios, haciendo abstracción de esas relaciones constitutivas de nuestro ser. Por otra parte Dios no nos conoce solamente como individuos sino también como miembros de grupos más o menos restringidos: “Padre Nuestro”, decimos en la oración enseñada por el Señor. Es un aspecto de la oración que fue dejado de lado en una cierta piedad moderna; la de hoy día se desquita bien, cayendo tal vez en el error contrario. Es el orar como miembros los unos de los otros que la caridad teológica se transforma en esta comunión de los Santos, organismo misterioso de intercambio en el amor.

Orar como miembros significa pues orar a partir de la realidad de los demás, de todo lo que les concierne y les toca. Es también orar con ellos. Esta oración, sin dejar de ser relación con Dios, tiene también una función de unificación: los cristianos reuniéndose juntos para orar en común. En esta comunidad de oración todas las diferencias exteriores, diferencias culturales, sociales, profesionales, raciales, nacionales, se hallan como unidas en una orientación fundamental y común a todos, la que encamina hacia Dios.

En ese sentido esa comunidad ya es una *realización*, puesto que ella realiza la unión con Dios y la unión fraternal, y por consiguiente es también el signo de la vida futura con Dios. Esta comunidad de oración es al mismo tiempo un llamado y un estímulo para manifestar nuestra pertenencia a Dios y nuestro amor a los nombres en las iniciativas concretas de nuestra vida, con todos los desprendimientos y exigencias de caridad que ella significa. Es prolongar en la vida lo que fue realizado en la oración. De hecho la oración verdadera, lúcida, es una actividad comprometedora. Ella

incita a cambiar la vida, a vivir y actuar según Dios, según el Evangelio y eso puede llevarlo a uno muy lejos en su compromiso.

Se puede decir que en la íntima fusión de la oración personal y de la oración de miembro se realiza la plenitud de la oración cristiana. Aún llena de caridad, la oración, si se queda en el plano individual no puede realizar la bienaventuranza de la presencia de Cristo, prometida donde dos o tres están reunidos en su nombre. La oración común es necesaria, pero no debe ahogar la necesidad de una relación personal que llevamos en nosotros y que nos hace vivir.

c. Plan Apostólico

Oremos también a partir de nuestra misión en la Iglesia, es decir, a partir de nuestra vocación específica, del papel que Dios asigna a cada uno en el pueblo de Dios. No somos solamente un ladrillo para llenar un hueco en el edificio. S. Pablo habla del Cuerpo Místico en que cada miembro tiene un papel específico que cumplir: la mano no es el pie, ni el ojo el corazón. Cada uno cumple con su tarea en armonía con el todo. La oración no es extraña a esta perspectiva: ella hace parte de ese papel y lo orienta. Aún más, ella es el aspecto común e indispensable a todas las vocaciones o ministerios, sea del obispo, del sacerdote, de la religiosa, del laico o del testigo silencioso. Dentro de esta diversidad de vocaciones, Dios llama a algunos cristianos a reunirse para llevar una vida de oración, como para subrayar más la importancia y la fecundidad de la oración en la misión apostólica de la Iglesia.

La oración nos dice, primero a nosotros mismos, después a los demás, que Dios es el gran actor de nuestra misión, que él es su principio y fin. De allí su importancia porque la oración indica la importancia que damos a Dios y el fin que perseguimos.

II) Realidad de Dios, o el Dios de la oración

Oremos también y sobre todo a partir de lo que es Dios.

a. Nuestra oración será pues ante todo lo que será *nuestra idea de Dios*. ¿Es el buen Dios que, a raíz de nuestra plegaria distribuye bienes materiales o espirituales? o ¿es ese Dios que está en los cielos, allá arriba, encima de las nubes, muy lejos de nosotros, el invisible, el inaccesible? ¿Es solamente el Dios del trabajo, del compromiso social, de la solidaridad humana, de la eficacia?

De hecho podemos reducir a Dios a nuestra medida, a nuestra estatura, a nuestra pequeñez. Podemos hacer de Él un ser a nuestro servicio e inspirador de nuestras ideologías. Tenemos siempre una tendencia a colocar a Dios de nuestro lado, según la vida que llevamos o la función que cumplimos: activos, contemplativos, etc.

b. Pero independientemente de nuestra idea de Dios, Dios es Dios. Él no entra exclusivamente en ninguna de nuestras categorías. Él es infinitamente más de lo que podemos concebir de Él.

¿A qué Dios nos abre pues la oración? Es al Dios, personal, revelado en Jesucristo. Cristo es Dios venido a nosotros. Es Él quien ha revelado el misterio escondido desde los siglos. Es sólo de Jesús, el revelador del Padre, que podemos aprender quién es Aquel con quien entramos en relación en la oración: nuestro Padre.

Dios se revela a nuestra oración según el ser, la actitud de Cristo en su comportamiento de Hijo con respecto al Padre y en su comportamiento de hermano con respecto a nosotros. Se debería recorrer todo el Evangelio y seguir paso a paso a Jesús para descubrir cuál es el Dios de nuestra oración. Ante todo es el Dios que *se entrega*, que se da a nosotros, no solamente en una gracia interior, sino en la persona de su Hijo hecho hombre. Como dice san Pablo: “El que no retuvo celosamente su rango que lo igualaba a Dios, pero se anonadó a si mismo, tomando condición de siervo” (*Flp 2*). Cristo asumió

plenamente nuestra condición humana, compartió todo lo que compone la trama de nuestra vida. Nada le fue extraño, nada le ha sido condonado. Conoció el trabajo, el cansancio, la alegría, la adversidad, la hostilidad y finalmente la humillación, el sufrimiento, la muerte. Es así que Jesús demostró a qué punto Dios nos ama. Él ha cumplido ese amor: “Dios amó tanto al mundo que le ha dado su único Hijo”. Es la revelación del amor eterno a través de la vida de Jesús, de sus padecimientos, de su muerte, y cuya resurrección es la coronación, la prenda suprema de nuestra esperanza. Es el Dios que *nos busca*. Como Israel, a menudo nos apartamos de Dios, lo dejamos para hacer nuestra vida sin Él. Pero Él viene a buscarnos, nunca se desespera en encontrarnos y atraernos hacia Él. Es el Dios que también nos llama, nos invita a venir a Él: “Mira que estoy a la puerta y llamo, si alguno escucha mi voz y abre la puerta, Yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20). El llamado de Cristo nos da acceso al Padre. Cristo es la respuesta perfecta al Padre, a la cual tenemos que conformarnos progresivamente si queremos entrar en su filiación.

Nuestra oración es ante todo contemplación de ese amor y de esa obra de Dios, de esa proposición absolutamente gratuita de divinizarlos, es decir, de hacernos entrar en participación del intercambio del amor del Padre y del Hijo. Es así que ya en la oración Dios y el hombre se dan en posesión el uno y el otro. Pero nuestra oración no puede volverse verdadera sino en la medida en que tomamos conciencia de ese deseo de Dios, de su proposición absoluta y de su obra de salvación. Se vuelve verdadera también en la medida en que nos conformamos a Cristo, en que nos dejamos guiar por el Espíritu de Cristo.

Es al esforzarse para conocer verdaderamente el Dios de Jesucristo y de vivir según su Espíritu, que se puede entrar con verdad en esa relación más explícita con Dios, que es la oración.

Talca – Chile